

CISNE ESDRÚJULO

DIONISIA GARCÍA

Antonio Enrique (Granada, 1953) es un poeta de larga trayectoria. También nos ha legado una obra narrativa notable. *La armónica montaña* y *Rey Tiniebla*, entre otros títulos, la avalan. Hay que añadir los libros de ensayo, entre ellos el escrito sobre la Alhambra, sin olvidar *Erótica celeste*. Más de una treintena de libros publicados (diecinueve de poesía, ocho novelas, seis libros de ensayos y uno de relatos) dicen de este creador incansable y alto.

En cuanto a poesía se refiere, sentimos la tentación de mencionar *Retablo de luna*, *Órfica* y *El galeón atormentado*, libros lejanos traídos al presente por aportar puntos de referencia respecto a la última poesía contenida en *Cisne esdrújulo*¹, donde la voz es la misma. Sí se aprecia una mayor concisión en el lenguaje, un significativo despojamiento que deja en carne viva la esencia del poema, sin que por ello dejemos de volver la cabeza, porque también somos aquello que fuimos, aun cuando nuestra mirada sea otra, consecuencia de la propia evolución del ser humano. Podríamos añadir, en cuanto a la parte formal, que estamos ante un único poema vertebrado en diferentes movimientos de admirada exaltación, frente al descubrimiento de un mundo, el de la danza, al cual llega el poeta y conoce a través de una bailarina, un ser que el destino quiso alzar ante su mirada y él supo expresar con su emocionada palabra.

Cisne esdrújulo se ha fraguado con la vida. Diríamos que el eje central es la danza como expresión gestual en torno a la belleza. A ella se une el poeta cantor, que seduce con su palabra en cada una de las composiciones recogidas en el libro; ese «cisne» que quiso ser música del cuerpo y cesar para siempre, y ser en la vida... No nos quedemos ahí, porque las páginas de nuestro comentario tienen varias lecturas. Podríamos estar ante una elegía escrita desde el dolor y la devoción hacia un ser sufriente, donde el poeta va desgranando el día a día de una bailarina, cuanto fue y es («Este ser que enarca / el torso, / mientras gira los brazos, / ha sobrevivido a las tormentas...»).

¹ Antonio Enrique, *Cisne esdrújulo*, Granada, Diputación de Granada, 2013.

Los versos de *Cisne esdrújulo* nos llevan a recordar *El cantar de los cantares*. Su palabra es canto sublimado, hacia una mística amorosa que desprende bien y verdad, temor y sabiduría, esa sabiduría que siempre ha acompañado al escritor, al poeta Antonio Enrique. Detengámonos, también, en la parte simbólica del libro, referida a quien baila («Roca, / de tan compacta una roca / cuando salta»; «Igual que la alondra / levanta el vuelo...»; «Igual que la abeja liba la miel...»; «Soy tu madre. / Soy un hombre, pero soy / tu madre para más amarte»). Esa mención de lo natural y más originario, con ecos de clasicidad y cuidadas formas expresivas de gran belleza, sitúan los poemas de Antonio Enrique en un espacio privilegiado de la poesía actual. Añadiremos que luces y sombras encontramos en *Cisne esdrújulo*, como referencia unos versos: «Un mundo que se va, / la danza. / De aquel orden del universo / va quedando poco». La posibilidad de otras miradas ofrece *Cisne esdrújulo*: junto a la exaltación en el canto, en un lenguaje rico y verdadero, está la interiorización en el conocimiento de la bailarina, sus triunfos y avatares, la caída... para surgir y ser rescatada por el poeta. Finalmente, la celebración amorosa. Aun en ella, surge la inquietud del poeta que se interroga: «¿Cómo se ama / para que no dejen de amarnos?».

Resaltamos un fragmento del poema «Coda», que cierra el libro, por su interés, a pesar de la dureza («El maestro de danza da / con el bastón / en las piernas de las bailarinas. / Una y otra vez con su bastón, / contra las esclavas»). Es en este poema donde aparece el crítico que también es Antonio Enrique.

Mención merece el pintor Miguel Rodríguez-Acosta Carlström. Sus ilustraciones en *Cisne esdrújulo* aportan belleza y acompañan al lector a través de unas páginas inolvidables, preferentes entre los libros aparecidos en este dos mil trece.

Curiosamente, en el viaje al cementerio de San Michele, en Venecia, coincidí con el autor ante la tumba de Diaghilev. Treinta años después, el poeta escribe unos versos excelsos sobre una bailarina. Son coincidencias que nos regala el arte.